



L. von Ranke

04041002 - Historiografía - 18 copias

LEOPOLD VON RANKE

PUEBLOS Y ESTADOS

en la historia moderna

Con un estudio de
C. P. GOOCH

C. P. GOOCH



FONDO DE CULTURA ECONÓMICA
MÉXICO

Primera edición,	1941
Primera reimpresión,	1979
Segunda reimpresión,	1986

D. R. © 1941, FONDO DE CULTURA ECONOMICA
D. R. © 1986, FONDO DE CULTURA ECONOMICA, S. A. de C. V.
Av. de la Universidad 975; 03100 México, D.F.

ISBN 968-16-0197-1 *Tratado sobre las Guerras Civiles*
DE GUERRA CIVIL

Impreso en México
JUAN GINES DE SEPULVEDA

NOTA DEL EDITOR

En el brillante capítulo sobre Ranke, de su obra Historia e Historiadores en el siglo XIX (ed. Fondo de Cultura Económica, México, 1942), que sirve de prólogo al presente libro, expone Gooch la significación universal de Ranke como historiador y la trayectoria de su personalidad y su obra.

La selección de la obra de Ranke que aquí ofrecemos al lector de habla española se propone dar una idea de conjunto del insigne historiador, hasta hoy poco conocido directamente, por sus libros en nuestros países. Con ella nos proponemos, al mismo tiempo, ayudar a los interesados en los estudios de Historia, o dedicados a ellos, en el conocimiento de las concepciones, los principios y los métodos de trabajo del gran maestro de la Historia moderna.

Sirven de temas centrales a esta selección de trabajos dos fundamentales problemas que preocuparon mucho a Ranke y que informan gran parte de sus estudios: el problema del equilibrio y la unidad de las naciones de Occidente en la historia moderna y el problema de la edificación del orden y el poder del Estado, el antagonismo entre el principio del Estado monárquico absoluto, de una parte, y de otra el principio del Estado representativo, el de la intervención del pueblo y de las fuerzas populares en la estructura de los Estados.

De este modo, creemos que la selección editada por nosotros puede interesar, no sólo al especialista y al estudiante de Historia, sino también en general, al hombre culto, atento, por serlo, a los problemas históricos.

El capítulo de los Papas ha sido tomado de la versión española hecha por Eugenio Imaz de la Historia de los Papas en la Epoca Moderna (ed. Fondo de Cultura Económica, México, 1943).

La bibliografía de Ranke que figura al final de este libro sirve, al propio tiempo, de indicación de las ediciones originales de que han sido tomadas las páginas que forman la presente selección.

HISTORIA DE LOS PUEBLOS LATINOS Y GERMANICOS

DE 1494 A 1535

PROLOGO

HE DE CONFESAR que este libro parecíame mucho más perfecto en su concepción que ahora, al verlo terminado y ya impreso. Pongo, sin embargo, mi confianza en aquellos lectores más atentos a las posibles virtudes de la obra que a sus defectos. Y, para no confiarla por entero a sus propios medios, permítaseme que dé aquí una breve explicación acerca de su propósito, su materia y su forma.

El propósito de un historiador depende de su punto de vista. Dos cosas debemos decir acerca del nuestro. En primer lugar, que concebimos las naciones latinas y germánicas como formando una unidad. De tres conceptos análogos nos desentendemos aquí: del concepto de una cristiandad general (el cual incluiría hasta los armenios); del concepto de la unidad de Europa, ya que, siendo los turcos asiáticos y abarcando el Imperio ruso todo el norte del Asia, es evidente que la situación de Europa no podría comprenderse a fondo sin estudiar profundamente todas las condiciones asiáticas; finalmente, el concepto más análogo de todos: el de una cristiandad latina, pues las ramas eslava y letona y magiar, aun formando parte de este tronco, tienen una fisonomía propia y peculiar que nos impide incluirlas aquí. Aunque toque por encima las cosas extrañas, cuando no tenga más remedio que hacerlo, como algo secundario y de pasada, el autor sólo estudiará de cerca las naciones de ascendencia puramente germánica o germánico-latina afines por su origen y cuya historia forma la médula de la historia moderna.

En la introducción, intentaremos poner de relieve, siguiendo principalmente el hilo de las empresas de orden externo, hasta qué punto estos pueblos se han desarrollado formando una unidad y en una trayectoria uniforme. Tal es uno de los aspectos del punto de vista a que la presente obra obedece. Examinemos ahora el otro, directamente expresado por el contenido mismo del libro. Nuestra obra abarca solamente una pequeña parte de la historia de estas naciones, que podríamos tal vez llamar el comienzo de la historia moderna. Relata simplemente un serie de historias, y no la historia misma; incluye, de una parte, la fundación de la monarquía española y el ocaso de las libertades italianas; estudia, de otra parte, la génesis de un doble movimiento de oposición: en el terreno político, por obra de los franceses, en el campo eclesiástico por parte de la Reforma, o sea aquella escisión de nuestras naciones en dos bandos enemigos sobre la que descansa toda la historia moderna.

Arranca del momento en que Italia, unificada, logra por lo menos la libertad externa y puede tal vez ser considerada incluso como una potencia dominante,

ya que tiene en su seno al papa; trata de exponer la división de este país, su invasión por los franceses y los españoles, el colapso de toda libertad en alguno de sus estados y en otros de toda soberanía, finalmente el triunfo de los españoles y el comienzo de su dominación. Parte asimismo de la nulidad política de los de los reinos de España y pasa luego a su unificación y a la lucha de las coronas unificadas contra el infiel y en el seno de la cristiandad; esfuerzase por poner en claro cómo de la primera surge el descubrimiento de América y la conquista de grandes reinos dentro de este continente y, sobre todo, cómo la segunda crea la dominación española sobre Italia, Alemania y los Países Bajos. En tercer lugar, toma como punto inicial el momento en que Carlos VIII se lanza a la guerra contra los turcos como campeón de la cristiandad y expone las variables vicisitudes de las armas francesas hasta llegar al día en que Francisco I, cuarenta y un años más tarde, recurre a la ayuda de estos mismos turcos en contra del emperador. Finalmente, estudia las primeras manifestaciones de aquel antagonismo entre el partido político que se forma en Alemania contra el emperador y el partido eclesiástico que se crea en Europa contra el papa, y trata de allanar con ello el camino para llegar a comprender de un modo completo la historia de la gran escisión abierta por la Reforma. Y aspira a analizar esta escisión misma, en su primera trayectoria.

Todas estas historias de las naciones latinas y germánicas y las demás que con ellas se relacionan aspiran a ser comprendidas en su unidad por el presente libro. Se ha dicho que la historia tiene por misión enjuiciar el pasado e instruir al presente en beneficio del futuro. Misión ambiciosa, en verdad, que este ensayo nuestro no se arroga. Nuestra pretensión, es más modesta: tratamos, simplemente, de exponer cómo ocurrieron, en realidad, las cosas.

Ahora bien, ¿por qué caminos ha sido posible explorar de nuevo todo esto? La base de esta obra, las fuentes de sus materiales, han sido toda una serie de memorias, diarios, cartas, memoriales de embajadores y relatos directos de testigos presenciales de los hechos historiados. Sólo hemos recurrido a otra clase de escritos en los casos en que éstos aparecían basados directamente en aquellos testimonios o acreditaban, en una medida más o menos grande, un conocimiento original de los mismos. Al pie de cada página se indica la obra de que se ha tomado algo, cuando ése es el caso. El método de investigación y los resultados críticos serán expuestos en otro libro, que entregamos a las prensas a la par que éste.

El propósito y la materia determinan la forma. No es posible exigir de una historia ese desarrollo libre que la teoría, por lo menos, busca en una obra poética, y ni siquiera estamos seguros de que nadie pueda creer fundadamente haber descubierto semejante libertad en las obras de los maestros griegos y romanos. No cabe duda de que para el historiador es ley suprema la exposición rigurosa de los hechos, por muy condicionados y carentes de belleza que éstos sean. Otra ley a que hemos creído de nuestro deber someternos ha sido el desarrollo de la unidad y de la trayectoria de los acontecimientos. Por eso, en vez de arrancar, como tal vez pudiera esperarse, de una exposición general de las condiciones públicas existentes

en Europa, lo que, evidentemente, habría dispersado, si no trastornado, el punto de vista de nuestro estudio, hemos preferido poner de manifiesto minuciosamente lo que fué cada pueblo, cada potencia, cada individuo en el momento en que ese pueblo, esa potencia o ese individuo aparece en escena de un modo activo o con un papel dirigente, sin perjuicio de que ya en páginas anteriores hagamos de vez en cuando referencia a él, ya que sería de todo punto imposible, en muchos casos, mantener completamente en silencio su existencia. De este modo, podíamos comprender mucho mejor, por lo menos, la línea seguida en general por todos ellos, su trayectoria, el pensamiento que los mueve.

Finalmente, ¿qué decir del tratamiento en particular, de este fragmento tan esencial de todo trabajo histórico? ¿No parecerá, a ratos, duro, insoherente, incoloro, fatigoso? Existen nobles modelos sobre el modo de tratar los problemas históricos, modelos antiguos y algunos —no lo ignoramos— nuevos. Pero es lo cierto que no nos hemos atrevido a imitarlos, pues su mundo era otro. Todos ellos se inspiran en un sublime ideal: el de los hechos mismos, en su comprensibilidad humana, en su unidad y en su plenitud. Este ideal vale también para nosotros, pero sé muy bien cuán lejos estoy yo de él. Se esfuerza uno por alcanzarlo, aspira a ello; pero, a la postre, se da cuenta de que no lo ha conseguido. Nadie debe, sin embargo, de desesperar. Lo ha dicho Jacobi: la humanidad, que es, fundamentalmente, el tema sobre que versan nuestros estudios, la humanidad tal y como es, es siempre explicable o inexplicable: esa humanidad formada por la vida de los individuos, de los linajes, de los pueblos, y cuyos derroteros traza a veces la mano de Dios que se levanta sobre ellos.

BOSQUEJO PARA UN ESTUDIO SOBRE LA UNIDAD DE LOS PUEBLOS LATINOS Y GERMANICOS Y SOBRE SU TRAYECTORIA COMUN

En los primeros momentos de su fortuna, poco después de la migración de los pueblos, concibió el rey visigodo Ataulfo la idea de hacer de Romanía un imperio godo, erigiéndose él en César; era su propósito mantener en pie las leyes romanas.¹ Perseguía, si no nos equivocamos, el designio de fundir en una nueva unidad con los linajes germánicos aquellos romanos del occidente que, aun procediendo de muchas y muy diversas ramas, habían acabado formando a lo largo de varios siglos de unión un solo reino, y un solo pueblo. Y aunque Ataulfo deseara más tarde de poder realizar esta idea, fué llevada a cabo a la postre y en un sentido más vasto por el conjunto de las naciones germánicas. No pasó mucho tiempo sin que la Galia lugdunense se convirtiese, no en un reino godo, pero sí en una Germania lugdunense.² A la vuelta de varios siglos, la dignidad cesárea

¹ OROSIO, VII, 34. En MASCOW, *Geschichte der Deutschen bis zur fränkischen Monarchie*, p. 369.

² Sidonio Apolinar, en MASCOW, *op. cit.*, p. 480.

recayó con Carlomagno sobre los hombros de un germano. Finalmente, las naciones germánicas abrazaron también el Derecho romano. De esta fusión surgieron seis grandes naciones, en tres de las cuales: la francesa, la española y la italiana, predomina el elemento románico, mientras que en las otras tres, la alemana, la inglesa y la escandinava, prevalece el elemento germánico.

¿En qué se manifiesta y revela la unidad de estas seis nacionalidades, cada una de las cuales se subdivide en diversas partes, que jamás han formado un estado único y que han guerreado casi siempre las unas contra las otras? Las seis proceden del mismo tronco o muestran, por lo menos, estrecha afinidad de origen, profesan costumbres análogas y se rigen por instituciones en muchos aspectos iguales. Sus historias interiores halláanse íntimamente relacionadas y las vemos compartir una serie de grandes empresas históricas. El presente libro de historia, basado en esta idea, sería incomprensible si no contribuyese a explicarlo una breve exposición de estas empresas de orden externo que, habiendo nacido de la misma raíz espiritual determinan la trayectoria común de la vida de los pueblos latinos y germánicos desde sus albores hasta nuestros días.

Estas grandes empresas históricas son, fundamentalmente, tres: la migración de los pueblos, las Cruzadas y la colonización de continentes extranjeros.

I. LA MIGRACIÓN DE LOS PUEBLOS

Es el movimiento de la migración de los pueblos el que sienta las bases de esta unidad de que hablamos. El hecho, el movimiento, parte de los germanos, pero sin que ello quiera decir que los países latinos sean un factor puramente pasivo en este capítulo de la historia. Los vencidos suministran a los vencedores, a cambio de las armas y de la nueva vida pública que ellos reciben, dos cosas muy importantes: su religión y su lengua. Es cierto que Recaredo hubo de convertirse al catolicismo antes de que la ley autorizase en España los matrimonios mixtos entre las gentes visigóticas y las románicas.³ Pero, logrado esto, no tardaron en fundirse las sangres y las lenguas. Y en Italia, la separación inicial de los elementos de prole lombarda y latina fué superada de un modo tan completo por lo que había de común en ellos, que pronto fué muy difícil y hasta punto menos que imposible distinguir entre unos y otros. Nadie podrá negar la gran influencia que los obispos ejercieron en la fundación de Francia; pues bien, estas autoridades eclesiásticas eran, al principio, exclusivamente románicas por su origen; hasta el año 566 no aparece en París el primer obispo franco.⁴

A diferencia de lo ocurrido en estas naciones, en que ambos elementos se

³ "Lex Flavii Recaredi Regis, ut tam Romano", etc., en *Leges Visigothorum*, III, I. Hispan. Illustr. III, 88. También en MASCOW, op. cit., y MONTESQUIEU, *De l'Esprit des Loix*, XXVIII, 27.

⁴ PLANK, *Gesellschaftsverfassung der christlichen Kirche*, t. II, p. 96.

mezclan y funden rápidamente, vemos que los anglosajones, enemigos mortales de los britanos, no aceptan la religión ni la lengua de éstos, y otro tanto acontece con los demás pueblos germanos en su patria alemana y escandinava; pero tampoco éstos pudieron sustraerse, a la postre, al cristianismo latino ni a una gran parte de la cultura romana.

Entre los dos grandes grupos de este complejo de pueblos acabó estableciéndose una estrecha afinidad de sangre, de religión, de instituciones, de costumbres, de modo de pensar y de sentir. Supieron hacer frente en conjunto y con fortuna a la influencia de los pueblos de una órbita cultural extraña a la suya. De las naciones que con ellos habían tomado parte en el movimiento de la migración de los pueblos, viéronse amenazados principalmente por los árabes, los húngaros y los eslavos, algunos de los cuales llegaron incluso a poner en peligro su existencia. Pero los árabes fueron repelidos por el antagonismo absoluto de su religión, a los húngaros se les sujetó dentro de sus fronteras y los pueblos eslavos colindantes acabaron siendo destruidos o sojuzgados.

¿Qué puede unir a los individuos y a las naciones en estrecha afinidad, sino el hecho de participar del mismo destino, de tener una historia común? Los sucesos de esta primera época, tanto los interiores como los externos, revelan una unidad casi completa. Las naciones germánicas, dueñas desde el primer momento de vastos territorios, pónense en marcha, conquistan el Imperio romano de occidente y afirman además su dominación en el suelo que ya poseían. Hacia el año 530 las vemos en posesión de todos los países que se extienden desde las cascadas del Danubio hasta la desembocadura del Rin y, al otro lado del mar, hasta el Tweed, así como de todas las tierras enclavadas entre Hallin Halogaland y la Bética, a la que dieron su nombre posterior los vándalos y, cruzando el Estrecho, hasta el punto en que las montañas del Atlas descienden al desierto.

Nadie habría sido capaz de arrebatarles estos dominios si hubiesen permanecido unidos. Pero su dispersión y el conflicto entre la doctrina religiosa de los arrianos y de los católicos empezaron a minar el Imperio vándalo. La pérdida que poco a poco representó la destrucción del reino ostrogodo sólo en parte fué reparada por los lombardos con su ocupación de Italia, pues lo cierto es que nunca llegaron a posesionarse totalmente de este país, ni mucho menos de Sicilia y del Ilirico,⁵ como los godos. Además, fueron precisamente los lombardos, al destruir primero a los hérulos y a los gépidas y ceder más tarde a un pueblo sármata sus tierras heredadas y conquistadas,⁶ los que hicieron que se perdiese el Danubio hasta cerca de sus fuentes. Una nueva pérdida fué la del reino turingio, hecho con el que probablemente se hallan relacionados de un modo bastante íntimo los avances de los eslavos hasta el lado de acá del Elba.

El mayor peligro era, sin embargo, el que amenazaba por la parte de los

⁵ MANSO, *Geschichte der Ostgoten in Italien*, suppl. t. v. p. 321.

⁶ Paulo DIÁCONO, *De rebus gestis Longobardorum*, II, c. 7.